



VICENTE ROJO. Su renombre de pintor aumenta por los años 1962-63, cuando una serie de obras expuestas bajo el título común de *Los presagios*, en la galería *Proteo* de México, sorprendía a los visitantes; textos de los signos que anunciaron la llegada de los conquistadores, citados de Fray Bernardino de Sahagún, o de sus informantes, hacían esperar el trazo figurativo y argumental; pero Vicente Rojo ya había dejado muy atrás la figuración que sus entrañables compañeros Alberto Gironella y Pedro Coronel, proseguían desarrollando hasta alcanzar la fama otorgada por la crítica europea.

Vicente Rojo es nacido en España, radicado en México desde muy temprano; allí ha madurado pintor; pero de pronto, se marcha con sus colores durante un año a ciudades peninsulares y a ratos salta a París. Prepara otro ciclo donde la experiencia del arte tipográfico — es también un artista que inventa trajes insólitos a las obras publicadas por Editorial Era de México — y la búsqueda de un camino muy personal lo llevan cada vez más alto, en la inconformidad y la autocritica irreductibles.

Vicente Rojo es inagotable; de la imprenta — donde trabaja las primeras horas de cada día — va al taller, se encierra con su mundo arraigado en el mito ancestral o en la captación imaginaria de los perfiles de plano y línea, de color manejado con una aspereza lúbrica de la ternura, así es su mundo plásticoparadojal y profundo. José de la Colina ha calificado su pintura de “expresionista” dentro de lo abstracto. Y ser abstracto en México, donde aún pesan demasiado los muralistas de la Revolución, es un acto de heroísmo artístico; la prueba es Rufino Tamayo, el maestro y el precursor, cuya obra apenas vino a reconocerse “oficialmente” en el homenaje rendido por el Instituto Nacional de Bellas Artes en 1967. México seguía siendo, en cuanto a pintura, el país de Orozco, Rivera o Siqueiros. La irrupción de las nuevas figuras que abandonaron al *peladito* y al *dorado villista* para impregnarse de la cosmovisión pura del ritmo luminoso, hubo de luchar demasiado para ser admitida por los conocedores y los críticos; obra polémica, combatida hasta a golpes en una exposición presentada en el Museo de Arte Moderno de Chapultepec, se impuso por la responsabilidad estética de sus forjadores: Lilia Carrillo, Manuel Felgueres — muralista de la chatarra — García Guerrero, Fernando García Ponce, Juan Soriano y, entre los indiscutibles: Vicente Rojo.